CHRISTOPHER ISHERWOOD

AMIGOS DE PASO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2025 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Down There on a Visit*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1959, 1961 by Christopher Isherwood
© renovados en 1987, 1989 by Don Bachardy
Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2025 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-19958-65-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 404-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2025*

FSC MIXT Paper FSC® C184949

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Nota del autor
7

EL SEÑOR LANCASTER
9

AMBROSE
68

WALDEMAR
160

PAUL
224

Para Don Bachardy.

NOTA DEL AUTOR

Hace treinta años John Lehmann se encargó de publicar mi segunda novela, *The Memorial*. Así dio comienzo una colaboración literaria y una amistad que ha perdurado hasta hoy. Por ello me complació mucho que fuese el primero en publicar una parte de este libro, el episodio titulado «El señor Lancaster», en el número de octubre de 1959 de *The London Magazine*.

EL SEÑOR LANCASTER

Ahora, por fin, me siento capaz de escribir sobre el señor Lancaster. Hace años que quería hacerlo, pero me faltaba el entusiasmo necesario; nunca me sentí capaz de hacerle justicia. Hoy veo cuál era mi error: siempre pensaba en él como un personaje aislado, y la verdad es que aisladamente parece menos de lo que realmente es. Por fin me he dado cuenta de que para representarlo en su totalidad tengo que mostrar hasta qué punto nuestro encuentro significó el comienzo de un nuevo capítulo de mi vida, más aún, de toda una serie de capítulos. Así que también tendré que describir a algunos de los personajes de esos capítulos, todos los cuales, salvo uno, son completamente ajenos al señor Lancaster (si hubiera podido saber lo que iba a ser de Waldemar lo habría echado de su despacho, horrorizado). Si hubiera conocido a Ambrose, o a Geoffrey, a María, a Paul… pero, no, ¡mi imaginación no va tan lejos! Y, sin embargo, todas esas personas están relacionadas entre sí a través de mí, pese a lo mucho que les habría fastidiado saberlo. Pero no va a quedarles más remedio que compartir la afrenta de tener que soportar la presencia de los demás en este libro.

En la primavera de 1928, cuando yo tenía veintitrés años, el señor Lancaster estuvo en Londres por negocios y escribió una nota a mi madre diciendo que nos haría una visita. Ni mi madre ni yo lo conocíamos personalmente. Lo único que yo sabía era que dirigía la sucursal de una naviera británica en una ciudad portuaria del norte de Alemania, y que era hijastro del cuñado de mi abuela materna (quizá

exista una manera más simple de decirlo). Hasta mi madre, a la que le encantaba averiguar los vínculos familiares, tuvo que admitir que, estrictamente hablando, el señor Lancaster no era pariente nuestro. Pero decidió que estaría bien llamarlo «primo Alexander» para que se sintiera más a gusto con nosotros.

Yo acaté, aunque cómo lo llamáramos o cómo se sintiera al respecto me traía totalmente sin cuidado. Para mí cualquiera de más de cuarenta años, salvo un puñado de honrosas excepciones, pertenecía a una tribu extraña, hostil por definición, pero en la práctica más ridícula que impresionante. Casi todos me parecían completamente grotescos, sentenciosos y decrépitos, así que merecían indiferencia. Sólo las personas de mi edad me parecían realmente vivas. Por entonces yo solía decir que cuando empezáramos a envejecer—situación que podía prever teóricamente, pero nunca llegué a creer de veras—esperaba que muriéramos deprisa y sin dolor.

El señor Lancaster resultó ser tan grotesco como había imaginado. Sin embargo, pese a esforzarme, no conseguí ser indiferente, porque en cuanto llegó se las arregló para exasperarme y humillarme. (Hoy me resulta evidente que no fue intencionado, sin duda era terriblemente tímido). Me trató como si fuera un colegial, adoptando un tono jocoso y condescendiente. Lo más ofensivo fue llamarme «Christophilos» con una pronunciación clásica afectadísima que lo hacía sonar aún más ridículo e insultante.

—Apostaría, mi excelentísimo Christophilos, que nunca ha estado en un buque de carga, ¿a que no? Bueno, pues entonces permítame un consejo. Por la salvación de su alma inmortal, deje de agarrarse a las faldas de su señora madre y venga a visitarnos en uno de los barcos de la empresa. Veamos si es capaz de soportarlo. Comerá grasa de tocino en pleno vendaval del nordeste y tendrá que co-

rrer a sujetarse a la barandilla mientras los viejos lobos de mar se parten de risa. A lo mejor hasta podemos hacer un hombre de usted.

—Me encantaría ir—respondí con toda la indiferencia que fui capaz de fingir.

Lo dije porque en aquel momento odiaba al señor Lancaster y me resultaba imposible rechazar el reto. También porque en aquella época habría ido a cualquier sitio y con cualquiera; me atormentaba todo lo que aún no había visto. Y también lo dije porque sospechaba que el señor Lancaster estaba tirándose un farol.

Pero me equivoqué. Unas tres semanas más tarde me llegó una carta de la oficina londinense de su empresa donde se me informaba, como si fuera un asunto ya resuelto, que zarparía en tal y cual fecha a bordo del carguero de la naviera *Coriolanus*. Un empleado me llevaría hasta el barco si lo esperaba ante las puertas del muelle en la calle West India Dock.

Por un momento me quedé desconcertado, pero de inmediato mi fantasía se hizo cargo de la situación. Comencé a sentirme el protagonista de un drama épico, una adaptación libre de Conrad, Kipling y del poema de Browning *Waring*. Cuando una chica me llamó por teléfono para preguntarme si iría a un cóctel el miércoles de la semana siguiente, le contesté escueta y gravemente:

—Me temo que no voy a poder. No estaré aquí.

—No me digas. ¿Y dónde *estarás*?

—No lo sé exactamente. En algún lugar en medio del mar del Norte. En un buque de carga.

La chica se quedó muda.

El señor Lancaster y su naviera no encajaban en mi epopeya. Era humillante tener que admitir que no iba muy lejos, a la costa norte de Alemania. Cuando hablaba con gente que no me conocía demasiado me las arreglaba para dar

a entender que ésa era tan sólo la primera escala de un interminable y misterioso viaje.

Y ahora, antes de volver a la convención de hablar en primera persona, permítanme considerar a mi joven héroe como un ser aparte, un extraño que se embarca en una aventura al tomar el taxi que lo lleva al muelle. Porque, naturalmente, para mí *es* casi un extraño. He revisado sus opiniones, cambiado su acento y sus maneras, olvidado o exagerado sus prejuicios y costumbres. Todavía compartimos el mismo esqueleto, pero su aspecto exterior ha cambiado tanto que dudo que me reconociera si me viese por la calle. Tenemos en común la etiqueta del nombre y la continuidad de la conciencia; no se ha producido una ruptura en la secuencia de declaraciones diarias en las que yo soy «yo», pero *lo que* yo soy ha cambiado por completo a lo largo de días y años, y ahora lo que sigue siendo constante es la mera conciencia de ser consciente. Pero esa conciencia pertenece a todo el mundo; no es de una persona en particular.

El Christopher que iba en aquel taxi está prácticamente muerto, sólo pervive en los tenues recuerdos de quienes lo conocimos. No puedo devolverlo a la vida. Lo único que puedo hacer es reconstruirlo a partir de los actos y palabras recordados, y de los textos que nos ha dejado. Con frecuencia me pone en un aprieto y por eso me entran ganas de burlarme de él, pero intentaré evitarlo. También trataré de no pedir disculpas en su nombre. Al fin y al cabo, le debo un poco de respeto. En cierto sentido es mi padre, y en otro, mi hijo.

¡Qué solitario parece! No es que esté solo, porque tiene muchos amigos con los que se divierte y a los que hace reír. Incluso podría decirse que es una especie de líder en su grupo, ya que suelen tomarlo como modelo para saber

qué pensar, qué admirar y qué detestar. Lo consideran espabilado y resolutivo. No obstante, cuando está con ellos siente que su falta de confianza en sí mismo, su ansiedad y su miedo al futuro lo aíslan. Hasta ahora su vida ha transcurrido en un mundo bastante chico, así que es ingenuo con respecto a la mayoría de experiencias; le asustan y, sin embargo, se siente tremendamente ansioso por vivirlas. Para tranquilizarse las convierte en mitos épicos a medida que le ocurren, así que siempre actúa.

Más todavía que el futuro teme el pasado: su prestigio, sus tradiciones, y todos los reproches y desafíos que lleva implícitos. Quizá su motivación más negativa e intensa sea el odio a los ancestros. Se ha propuesto defraudar, deshonrar y renegar de sus antepasados. Si quisiera burlarme de él diría que esta voluntad se debe a que teme no estar jamás a la altura, pero sólo sería una verdad a medias. Su furia es sincera, es un auténtico rebelde: sabe instintivamente que sólo por medio de la rebelión conseguirá aprender y crecer.

En este viaje lleva consigo un secreto que es como un talismán; le dará fuerzas mientras no se lo revele a nadie: ayer se publicó su primera novela, ¡y ninguna de las personas que está a punto de conocer lo sabe! Desde luego ni el capitán ni la tripulación del *Coriolanus* lo saben; probablemente no hay una sola persona en toda Alemania que lo sepa. En cuanto al señor Lancaster ya ha quedado de sobras demostrado que no es digno en absoluto de saberlo; ni lo sabe ni lo sabrá nunca. A menos, claro, que la novela tenga tanto éxito que acabe leyendo algo en algún periódico… Pero esta idea es censurada con una rapidez supersticiosa. No, no: está destinada al fracaso. Todos los críticos literarios son unos vendidos, se dejan corromper por el sueldo que les ofrece el enemigo… Y, además, ¿para qué depositar la confianza en esperanzas traicioneras cuando el mundo del mito y la épica ofrece infalible consuelo y seguridad?

Aquella primavera pasó completamente inadvertido para los vulgares y vanidosos literatos de entonces un acontecimiento que, como sin duda sabe cualquiera que esté recordándolo ahora, en su décimo aniversario, señaló el inicio de la novela moderna tal como la conocemos hoy: se publicó All the Conspirators. *Y al día siguiente se descubrió que Isherwood ya no se encontraba en Londres. Había desaparecido sin dejar rastro ni decir palabra. Sus amigos más íntimos estaban desconcertados y consternados. Se temió incluso que se hubiera suicidado. Pero luego—meses más tarde—corrieron extraños rumores por los salones: se decía que la misma mañana en que se publicó la novela se vio a una figura embozada subiendo a bordo de un buque de carga en el muelle londinense de la isla de los Perros.*

No, no pienso burlarme de él. Jamás pediré disculpas en su nombre. Me siento orgulloso de ser su padre y su hijo. Pienso en él y me maravillo, pero debo tener cuidado para no idealizarlo. Debo recordar que buena parte de lo que parece valentía no es más que pura ignorancia. Una y otra vez olvido que es tan ciego a su propio futuro como el más lerdo de los animales. Tan ciego como yo mismo al mío. Tiene por delante un futuro extraordinario en muchos sentidos: mucho más feliz, afortunado e interesante que el de la mayoría. Sin embargo, si yo fuera él y pudiera verlo delante de mí estoy seguro de que gritaría angustiado que es más de lo que puedo afrontar.

En cualquier caso, apenas puede prever lo que pasará en los próximos cinco minutos. Todo lo que está a punto de suceder le resulta extraño y, por consiguiente, impredecible. Y ahora que el taxi está llegando a su destino voy a renunciar a mi clarividencia para intentar ver a través de sus ojos.

El empleado de la empresa, un administrativo llamado Hicks apenas mayor que yo, me esperaba a las puertas del muelle tal como estaba convenido. No era el personaje al que yo habría escogido para mi epopeya, porque era pecoso y tenía la tez demacrada a causa de las nieblas tiznadas de hollín de Fenchurch Street. Además, tenía muchísima prisa, cosa que jamás ocurre a los personajes épicos.

—¡Huy, será mejor que nos demos prisa!—exclamó mirando su reloj.

Agarró el asa de mi maleta y arrancó al trote. Como yo no quería soltarla y dejar que la llevara él solo, también me tuve que poner a trotar. Mi aparición en el Primer Acto de la obra no era precisamente distinguida.

—Ahí está—dijo Hicks—, es ése.

El *Coriolanus* parecía más pequeño y sucio de lo que había imaginado. Las partes que no eran negras eran de un amarillo parduzco; el mismo color, pensé—aunque pudo deberse a una mera asociación de ideas—, que el vómito. Dos grúas seguían depositando contenedores en la cubierta, llena de estibadores que gritaban a pleno pulmón para hacerse oír por encima del estrépito de los cabrestantes y los graznidos de las gaviotas que sobrevolaban en círculos.

—¡No había necesidad de correr tanto!—le reproché a Hicks.

Me respondió indiferente que al capitán Dobson le gustaba que los pasajeros subiesen a bordo con mucha antelación. Era evidente que Hicks había perdido todo interés en mi persona. Mascullando un apresurado adiós, me abandonó en la pasarela, como un paquete entregado sobre el que ya no tenía ninguna responsabilidad.

Subí a bordo abriéndome paso a codazos, y a punto estuve de caer de un empujón en una bodega abierta. El capitán Dobson me vio desde el puente y acudió a darme la

bienvenida. Era un hombre chaparro y más bien gordo, de curtida tez rubicunda y ojos saltones de payaso.

—Se va a marear, se lo advierto, hemos tenido por aquí hombres muy fuertes, pero todos sucumbieron.

Traté de mostrarme adecuadamente angustiado, como dictaban las circunstancias.

En el interior del barco conocí a un cocinero chino, a un grumete galés y a un sobrecargo que parecía un jinete. Me contó que había trabajado doce años en la línea de cruceros Cunard, pero prefería su actual empleo.

—Aquí no dependes de nadie.

Me llevó a mi camarote, diminuto como un armario y poco ventilado; el ojo de buey no se podía abrir. Fui al salón, pero la larga mesa estaba ocupada por media docena de administrativos garabateando frenéticamente las listas de cargamento. Volví a subir a cubierta y encontré un lugar en la proa donde, encogiéndome mucho, pude quitarme del paso y no estorbar a nadie.

Una hora más tarde el barco zarpó. Tardamos mucho en salir del muelle y penetrar en el río porque tuvimos que atravesar las compuertas de las esclusas. Traviesos niños de los barrios bajos se colgaban de ellas y nos miraban pasar. Uno de los administrativos se colocó a mi lado junto a la baranda.

—El mar va a estar picado. Este barco es un verdadero maestro de baile.

Y sin decir más saltó atléticamente por encima de la baranda y fue a parar al muelle, que ya se alejaba de nosotros, me saludó brevemente y se marchó.

Más tarde tomamos una cena ligera en el comedor. Allí conocí al contramaestre y a los dos maquinistas. Comimos caballa en escabeche y tomamos un té muy fuerte en grandes tazas. Luego, cuando regresé a cubierta, contemplé un apacible atardecer nuboso. La ciudad iba quedando atrás.

Los muelles y almacenes daban paso a fríos campos grises y marjales. Pasamos junto a varios buques faro. El último de ellos se llamaba *Barrow Deep*. El capitán Dobson pasó junto a mí y dijo:

—Ésta es la primera etapa de nuestro intrépido viaje.

A su manera intentaba crear una atmósfera épica. Muy bien, el esfuerzo merecía buena nota.

Finalmente, como ya estaba demasiado oscuro para ver nada, regresé a mi camarote. El camarero se asomó a la puerta para proponerme que si le pagaba una libra por la comida durante el viaje podría comer cuanto quisiera. Me di cuenta de que creía que haría negocio porque estaba convencido de que me iba a marear.

—Hace un par de meses tuvimos a otro caballero—me contó muy divertido—y lo pasó fatal. Si necesita algo durante la noche sólo tiene que golpear la pared, ¿de acuerdo, señor?

Cuando se marchó sonreí para mis adentros, porque yo tenía un segundo secreto que pretendía guardar tan celosamente como el primero. Me dije que aquellos marineros resultaban realmente simples y entrañables. Parecían desconocer por completo los avances de la medicina. Como es natural, había tomado mis precauciones: en el bolsillo llevaba una cajita de cartón con unas cápsulas que contenían polvos de color rosa o gris. Había que tomar una de cada antes de zarpar y luego dos veces al día.

Cuando desperté a la mañana siguiente el barco se balanceaba con fuerza. Entre bandazo y bandazo levantaba la proa en el aire, vacilaba ligeramente y luego se abalanzaba hacia delante con tal estrépito que todo temblaba en el camarote. Acababa de tomarme las dos cápsulas cuando se abrió la puerta y el camarero apareció en el umbral. Por la

decepción manifiesta en su rostro supe lo que esperaba ver.

—Pensé que no se encontraría bien, señor—me reprochó visiblemente contrariado—. Me asomé hará media hora y no dijo usted palabra.

—Estaba durmiendo—respondí—. He dormido como un tronco. —Y le devolví al buitre aquel una sonrisa radiante.

En el desayuno vi que el segundo maquinista llevaba un brazo en cabestrillo. Durante la noche, había reventado una tubería en la sala de máquinas y se había escaldado una mano. Teddy, el grumete galés, tuvo que cortarle el beicon, pero como era torpe el segundo maquinista le dijo ásperamente que se diera prisa, y entonces el primer maquinista lo reprendió a él.

—¡Vas a ser un viejo insoportable! ¡Ya lo verás!

A pesar de la herida semiheroica del segundo maquinista, sentía que aquel viaje empezaba a perder heroicidad. Había abrigado la esperanza de que la tripulación perteneciera a una raza de seres distintos, hombres consagrados al mar, pero la verdad era que ninguno de ellos respondía a mi ideal del marinero. El contramaestre era un hombre muy apuesto, casi parecía un actor. Los maquinistas parecían obreros de una fábrica; eran simples mecánicos. El camarero era como cualquier otro sirviente profesional. El capitán Dobson no habría desentonado como dueño de un pub. Tuve que aceptar la cruda realidad: todo tipo de gente se hace a la mar.

De hecho, sus pensamientos parecían totalmente pedestres: hablaron de las películas que habían visto, y discutieron sobre un reciente y escandaloso divorcio:

—Bueno, ella es lo que podría llamarse una puta respetable.

Para entretenerme se dedicaron a plantearme acertijos:

—A ver, ¿qué es lo que no tienen las chicas de catorce

años, lo espera una chica de dieciséis y la princesa Mary no tendrá nunca?

Respuesta: «La tarjeta de la seguridad social».

Yo les conté el chiste del clérigo, el borracho y los niños abandonados, y cuando llegué al desenlace—«…si te pones los pantalones de la misma forma que el alzacuellos…»—vacilé, porque no sabía si sería de buen gusto imitar el acento cockney, que era el de los dos maquinistas. Pero lo cierto es que salió bastante bien y todos se mostraron muy amistosos. No obstante, la respuesta a la pregunta que tan a menudo se hace un joven (¿qué pensarán de mí en el fondo?) parecía ser la de costumbre (nada). Ni siquiera estaban lo bastante interesados en mí para sorprenderse cuando me vieron servirme más beicon a pesar de que el barco se balanceaba como un columpio.

Durante todo el día nos deslizamos tambaleándonos sobre un mar embravecido. Desde la cubierta el destello del agua era tan brillante que me sentía medio aturdido. Una vez que las mercancías quedaron colocadas en las bodegas el barco parecía el doble de grande. Me paseaba por la cubierta despejada como un pavo de concurso. El capitán Dobson, que estaba en el puente con un viejo sombrero de fieltro, fumando una pipa de madera de brezo, me iba señalando los barcos que pasaban, y cada vez que lo hacía me sentía obligado a ir corriendo a la baranda a examinarlos con atención de profesional. Más tarde me hizo sentir avergonzado al traerme una tumbona y desplegarla con sus propias manos. «Ahora podrá sentirse tan satisfecho como el chico que mató al padre. —Y tendiéndome un libro en rústica con una imagen erótica en la cubierta añadió—: Me gustaría saber qué le parece esto».

Se titulaba *La prometida de la Bestia* y contenía un montón de escenas como ésta: «Tomó sus turgentes senos entre sus ardientes manos y los apretó con furia hasta que ella gi-

mió de dolor y placer». Si hubiera estado en Londres con mis amigos nos habríamos sentido obligados a hacer sofisticados chistes sobre aquel libro, porque era de esos que supuestamente había que ridiculizar. Pero allí podía admitir que, por absurdo que fuera, me excitaba. El capitán Dobson consideró un cumplido que lo leyera de un tirón en una hora. Entretanto Teddy me fue sirviendo tazas de té con pastas rellenas de mermelada.

Desperté en plena noche como si alguien hubiera venido a levantarme. De rodillas en la litera miré por el ojo de buey y vi las primeras luces de Alemania brillando en las negras aguas, azules, verdes y rojas.

Por la mañana ya remontábamos el río. El capitán Dobson bebió con el piloto alemán en el cuarto de derrota y se puso muy alegre. Se había quitado el viejo sombrero de fieltro y llevaba una elegante gorra blanca que le daba un aspecto de lobo de mar de opereta. Pasamos junto a gabarras acogedoras como hogares, con alegres cortinas en las ventanas y floridos tiestos. El capitán Dobson me indicó varios lugares de interés en la orilla. Señalándome una fábrica, me dijo: «Ahí trabajan cientos de chicas limpiando la lana y hace tanto calor que van desnudas de cintura para arriba», dijo haciéndome un guiño, y para complacerlo le devolví una lasciva mirada.

En el puerto, cuando el *Coriolanus* enfiló humildemente hacia su atraque volvió a empequeñecerse entre tantos barcos inmensos. El capitán Dobson saludaba a gritos al pasar junto a ellos y todos le devolvían el saludo. Daba la impresión de ser muy popular.

Cuando amarramos, nuestra cubierta estaba tan por debajo del nivel del muelle que la pasarela quedaba prácticamente vertical, y como el policía que vino a inspeccionar

mi pasaporte vaciló en bajar el capitán Dobson se burló de él, imitando el acento alemán: «¡Largo, Tirpitz, vete de aquí!». También había llamado Tirpitz al piloto y a los capitanes de todos los barcos junto a los que pasaba. El policía acabó bajando con gran cautela, de espaldas, riéndose, pero agarrándose bien.

Después de ponerme el sello en el pasaporte no hubo más trámites. Le di la mano al camarero (que estaba un poco enfadado; un mal perdedor), di una propina a Teddy y dije adiós con la mano al capitán Dobson. «¡Salude a las chicas de mi parte!», me gritó desde el puente. El policía me acompañó cortésmente hasta las puertas del muelle y me dejó en un tranvía que paraba delante de la oficina del señor Lancaster.

Era un lugar impresionante, más grande incluso de lo que yo había imaginado, en una planta baja con puertas giratorias de cristal. Trabajaban allí media docena de chicas y como el doble de hombres. Un muchacho de dieciséis años me condujo al despacho del señor Lancaster.

Yo recordaba que era alto, pero había olvidado lo altísimo que era en realidad. Altísimo y delgadísimo. Y entonces, obedeciendo a la fuerte reacción física inconsciente que se produce en cualquier encuentro, mientras apretaba su mano huesuda me volví, a modo de defensa, una fracción de milímetro más bajo pero fornido, más macizo.

—Bueno, primo Alexander, ¡pues aquí me tiene!

—Christopher—me dijo con su voz profunda y lánguida. Era una afirmación, no una exclamación, que yo interpreté como un «Bueno, aquí está, y no me sorprende en absoluto».

Su cabeza era tan pequeña que parecía femenina. Tenía las orejas muy grandes, bigote ancho y húmedo, y un rictus de fastidio en la boca que le daba un aire malhumorado, frígido, dispéptico. La nariz era larga y roja, y la punta

parecía húmeda. Llevaba un duro cuello alto e incómodas botas negras. Definitivamente no había nada atractivo en su persona. Mis primeras impresiones se confirmaron y recordé con aprobación una máxima de mi amigo Hugh Weston: «Toda la gente fea es mala».

—Estaré a su disposición exactamente dentro de…—el señor Lancaster miró el reloj de pulsera e hizo un cálculo rápido, pero complicado—… dieciocho minutos—y volvió a sentarse a su mesa.

Yo me senté en una silla dura colocada en un rincón y sentí que me invadía una sombría indignación. Estaba absolutamente decepcionado. Pero ¿por qué?, ¿qué esperaba? ¿Un caluroso recibimiento? ¿Qué me preguntara por la travesía? ¿Qué me admirara por no haberme mareado? Pues sí, *eso* era justo lo que esperaba. «Qué tonto has sido—me dije—. Debería haberlo sabido», pero ahí estaba, atrapado durante una semana con aquel viejo imbécil y apático.

El señor Lancaster se puso a escribir y, sin levantar la vista, cogió un periódico de su mesa y me lo tiró. Era el londinense *The Times* de tres días atrás. «Gracias, *señor*», repuse tan despechadamente como supe, como si le declarase la guerra, pero el señor Lancaster no pareció advertir nada, porque siguió a lo suyo.

Luego se puso a telefonear hablando en inglés, francés, alemán y español, siempre con el mismo tono y las mismas inflexiones. De vez en cuando levantaba la voz, y me percaté de que se escuchaba a sí mismo y le gustaba. Era una voz claramente eclesiástica, con cierto matiz ministerial, pero en absoluto de hombre de negocios. En varias ocasiones habló con autoridad, y en una ocasión resultó casi humano. Era incapaz de tener las manos quietas ni un momento y el menor problema le inquietaba e irritaba.

Estuvo ocupado más de media hora, hasta que de pronto, sin previo aviso, se puso en pie y dijo:

—Bueno, ya he terminado.

Se levantó de la mesa y salió del despacho esperando que lo siguiera. Todos los empleados mayores ya habían salido de la oficina, supuestamente para ir a comer, y sólo quedaba el muchacho. El señor Lancaster le dijo algo en alemán, pero lo único que entendí fue que se llamaba Waldemar. Al salir le sonreí, tratando instintivamente de invitarlo a conspirar contra el señor Lancaster, pero él siguió mirándome inexpresivo y se limitó a hacer una ligera y rígida inclinación germana. La verdad es que me chocó ver a un adolescente hacer una reverencia. Era evidente que el señor Lancaster los domaba desde bien pequeños. ¿O sería que—¡terrible idea!—yo le parecía lo mismo que el señor Lancaster y, en consecuencia, me trataba con el mismo burlón respeto que a él? Supuse que no era eso: probablemente Waldemar fuese tan estirado como su jefe y tratase de imitarlo como si fuera un modelo de caballerosidad.

Tomamos el tranvía que llevaba a casa del señor Lancaster. Era un día de primavera húmedo y cálido. Como tenía que cargar la maleta, llevaba el abrigo puesto y sudaba, pero con todo me gustaba aquel tiempo, me molestaba y me estimulaba a la vez. Me alegró que el tranvía estuviera abarrotado, no sólo porque así me mantenía apartado del señor Lancaster y no tenía que darle conversación, sino también porque sentía contra mí los cuerpos de jóvenes alemanes de mi edad, chicos y chicas, y la barrera de la nacionalidad que nos separaba se desvanecía con los bamboleos del tranvía que nos arrojaban unos contra otros, apretujados como sardinas en lata. Por la calle veía más gente joven, en bicicleta. Los escolares llevaban gorras de visera reluciente y camisas de colores vivos con cordones en lugar de botones y el cuello abierto. El tranvía, pintado de colores alegres, rechinaba de un modo estridente y tocaba la campana mientras avanzaba rápidamente por largas calles flanquea-

das de casas blancas cuyas fachadas de estuco sombreaban grandes hojas de enredadera que salían de jardines tupidos de lilas. Pasamos junto a una fuente que representaba el grupo de Laocoonte y sus hijos retorciéndose entre los anillos de las serpientes. Con aquel sol casi llegaba uno a envidiarlos, porque las serpientes echaban agua fresca sobre los cuerpos cálidos y desnudos de los hombres y la fatídica lucha resultaba perezosa y sensual.

El señor Lancaster vivía en la planta baja de una gran casa orientada al norte. Las habitaciones eran de techo alto, feas pero espaciosas, de blancas puertas correderas que se deslizaban con sólo tocarlas produciendo un estrépito que resonaba en todo el edificio. Los muebles eran de estilo modernista alemán: sillas, mesas, armarios y estanterías tenían formas angulosas y sombrías que transmitían odio por la comodidad y un inflexible puritanismo. Un friso de ramas sin hojas, igual de sombrío, recorría las paredes de la sala de estar, y la lámpara que colgaba del centro era un austero capullo de loto de cristal verde agrio. El lugar debía ser lúgubre a más no poder en invierno; en primavera al menos tenía el mérito de resultar fresco. La única aportación manifiesta del señor Lancaster a la decoración eran unas cuantas fotografías con sus compañeros del colegio y del ejército.

La más llamativa era una de gran tamaño que mostraba a un vigoroso anciano barbudo, de unos setenta y cinco años. ¡Menuda barba! Era de las de verdad, de esas que ya no se ven, auténticamente plateada, la barba de todo un patriarca victoriano. Caía torrencial desde las narinas finamente arqueadas y las orejas de grandes lóbulos, espumeaba sobre las mejillas en dos tremendas olas que chocaban bajo la barbilla formando rápidos en los que cualquier embarcación habría naufragado. ¡Qué hermoso anciano barbudo, con el mentón alzado, ofreciéndose a la admiración con la actitud de quien está satisfecho de sí!